



“Stabat”



Debía de ser un día más en el que tenía que redactar el artículo para la revista de la Hospitalidad sobre el “Stabat Mater”; la Madre de Jesús que se mantenía en pie, firme, junto a la cruz ante el sufrimiento de su Hijo y esta cercana a los que sufren. Ntra. Sra. de Lourdes en especial con los enfermos. Pero siempre sabré qué hice este 11 de Marzo de 2004. Porque a la vuelta del desayuno la radio me cambió el día. Un gol había pasado a la historia, y una barbarie comenzaba a atisbarse. Mientras subía a clase, la música se cambió por inciertas informaciones. Y la certeza se hacía patente con las primeras víctimas.

Empecé con una oración sobre la paz aunque los chavales a primera hora están dormidos. Al final de clase el móvil me avisó de un mensaje y leí que eran al menos sesenta las víctimas. Los profesores que llegaban aumentaban el número de víctimas. Durante dos horas de confesiones, la angustia aumentaba. Anhelaba una explicación y no la había. Busqué noticias en la radio. Procuré centrarme en otra cosa, en el artículo que debía escribir sin falta, María estaba junto a la cruz, compartía el sufrimiento. Me enganché a internet un momento para saber más, ver imágenes, y descubrir la dimensión de la tragedia, 130 víctimas.

La reunión arciprestal se había suspendido momentáneamente para participar en una concentración en repulsa al atentado. Fijamos un funeral por las víctimas del atentado y en la oración final a María recordé a sus hijos que sufrían, y que triunfarían en la resurrección.

En la carretera la radio me informó del aumento de víctimas y de las reacciones oficiales. Buscaba el cielo, porque nada cercano me parecía con sentido. Mientras comíamos y hablamos de lo humano y divino, observé imágenes dantescas y a un sacerdote que trazaba la señal de la cruz a un cuerpo.

Ya la radio no me iba a informar de más, la prensa la compré por la tarde y parecía del siglo pasado. Buscaba huir de mi silencio, encontrar razones. Los seminaristas estudiaban, hacían deporte, pero se les notaba apesadumbrados. En la oración por las vocaciones de los jueves, las palabras no querían salir de mí. Sólo el mirar a Jesucristo en la Eucaristía, mientras las lágrimas luchaban por salir, saciaba mi crispación y me producía cierta paz.

Me pongo a escribir como consiliario de la Hospitalidad de Lourdes en Plasencia y sólo encuentro decir que “Stabat Mater” ; que también con las víctimas del terrorismo y la barbarie, junto a ellos, permaneciendo firme, dando consuelo y cercanía, estaba la Madre. Cada víctima, es otro hijo que muere injustamente aunque no crucificado, sino en el transporte que utilizaba para ir a trabajar o a estudiar. Cada madre o familiar angustiado es Ella misma que al pie de la cruz intenta sacar fuerzas, tener esperanza y alcanzar consuelo, donde humanamente no lo hay. Y quizás mi misión en este 11 de marzo que nunca olvidaré, será estar a pesar de doscientos

kilómetros al pie de la cruz. María y Jesucristo han estado con cada víctima, y yo también me hago presente con mi rabia, mi oración y mi ministerio sacerdotal.

Al final del día vivo la Eucaristía, entrego mi cuerpo y el pan se mancha con cuerpos destrozados, y en la copa hay sangre derramada que mancha la ropa y los hierros. La voz se me corta y no dice el número de víctimas. El silencio tras comulgar me conforta y me doy cuenta de que a kilómetros yo me tenía que mantener en pie. Y sacar fuerzas para escribir y animar a mantenerse firme. En los trenes de cercanía "Stabat" la Madre, imagen de la Iglesia. De alguna forma Jesucristo ha muerto hoy doscientas veces, y ha sido herido mil doscientas. Y junto a su sufrimiento y el de las víctimas se mantenía en pie y daba consuelo la Madre. Seguro que las velas que hoy brillan en Lourdes es Luz que da fuerzas, Agua que calma ansiedad, Roca que da esperanza en medio de tanta desesperación. Porque en medio del sufrimiento está llorando la Madre dolorida.

Francisco Barrado

Consiliario de la Hospitalidad

Los caminos vienen siempre encauzados por raíles que nos conducen hacia nuestro destino, raíles que presagiaban una mañana que no llegarían a buen puerto. El sonido de la maquina, de móviles sonando, de personas bostezando, se vio interrumpido por el silencio ensordecedor de trece bombas, silencio que debemos romper para mostrar que no pueden con nosotros, que somos más fuertes.

Cada minuto que pasa nos preguntamos que culpa tenía el bebé de siete meses, el universitario, el trabajador padre de familia, ¿Que culpa tienen?. La culpa de montarse en un tren que por gasolina usaría la sangre de los pasajeros y por ruta, la señalada por los asesinos hasta el cielo.

No nos quepa la menor duda, estos hombres, mujeres, chicos, chicas, son hoy los héroes más auténticos: Los Cristos accidentales que deben resucitar en nosotros el sentimiento cristiano y moral más profundo, el del respeto por la vida, por la libertad, por vivir sin miedo, que muchas veces, en la rutina de lo ordinario olvidamos.

Estos mártires son los que desde el cielo se encargarán desde ahora de protegernos.

Pero ante todo, debemos seguir fieles a nuestros ideales: Hace muchos años, un hombre nos enseñó a amar al prójimo y a perdonar. Pero debemos perdonar sin olvidar la justicia, que debe caer sobre estos asesinos repugnantes, artífices de una barbarie que roza lo inverosímil.

Todavía en nuestra mente se refleja la imagen de los heridos saliendo del tren, tirados en la calle y ensangrentados, mostrando un apocalíptico baño de sangre de dolor infinito.

Que Dios se apiade de las almas de estos desalmados y de los corazones de estos desangelados que tratan de defender lo indefendible: un sentimiento sin sentido ni objetivo, que sólo pueden mantenerlo a base de asesinatos inútiles.

Y también se apiade de las víctimas, inocentes vidas que se ven interrumpidas de su actividad diaria por culpa de la sinrazón bárbara de unos pocos.

¿Quién se acabará ahora el libro que estaba a medias? ¿Quién irá ahora a clase con la inquietud de querer cambiar el mundo? ¿Quién regresará a casa para que su mujer le dé la bienvenida? Seguro que ellos lo harán desde el Cielo.

ROGUÉMOS AL SEÑOR Y A LA SANTISIMA VIRGEN POR TODOS ELLOS